

*do en estanque, y el país sediento, en fuentes de aguas cristalinas; y en las guaridas donde ántes habitaban dragones, ahora nace la verde caña y el junco; y allí hay una senda y camino, que se llama Camino Santo, y ningún león puede haber en ella, ni bestia feroz transita por allí; y caminarán libremente los que se encuentran libertados, y los rescatados por el Señor han vuelto y entrado en Sion cantando alabanzas y coronadas sus sienes con guirnaldas de alegría eterna, porque han alcanzado gozo y contentamiento, y el dolor y el llanto han huido de su lado. (1)*

#### SECCION V.

##### *Amor de complacencia.*

Veamos ahora qué resulta de este conocimiento de Dios adquirido por la fe: sabemos que Él es la plenitud inefable de todas las perfecciones posibles é incomprensibles á toda inteligencia criada; siendo, pues, Dios un objeto infinitamente hermoso, debe ser, en su consecuencia, infinitamente amable, y así es cómo se presenta

---

(1) Isaias.—cap. XXXV.

al entendimiento ilustrado con la lumbre de la fe. Ahora bien; siempre que el entendimiento contempla cualquier objeto amable, despiértase inmediatamente en la voluntad un afecto, que no es un acto libre, sino el resultado necesario de la ley de nuestra naturaleza, y cuyo afecto se llama complacencia, el cual, aunque no sea, como acabamos de indicar, en sí mismo un acto libre, luego al punto empieza, sin embargo, á obrar la voluntad, á ménos que la razón no se lo estorbe; empieza, digo, en seguida á ejercitarse libremente en expresiones ó afectos de gozo, de placer, de alabanza y de deseo; y hé aquí cómo venimos á la segunda clase ó grado de amor divino, esto es, al amor de complacencia, regocijándonos en Dios, por ser tan bueno, por existir en virtud de su esencia, por ser Dios, y congratulándole por todas estas sus excelencias y grandezas. Y digo más: aun entónces deseamos un imposible, que sobrepuja los límites de la complacencia, á saber: que sea Dios más bueno y perfecto de lo que es, cuyo deseo es un modo real de manifestarle el amor que le profesamos: deseamos asimismo, que ya que no está en nuestra mano el hacer cosa alguna para aumentar su gloria esencial, aumentemos á lo ménos su gloria divina accidental, la cual resulta de la

obediencia y amor de sus criaturas, á quienes Él, para este fin, las diera la existencia. Semejante complacencia, repito, nace del mismo conocimiento de Dios, que nos enseña la fe, complacencia que está continuamente creciendo en nosotros, á ménos que la culpa y la tibieza no la amortigüen ó la maten. La situacion, pues, entre el alma y Dios, si me es lícito usar el lenguaje de la Escritura para explicar estos actos recíprocos de amor, es la siguiente:—El alma, contemplando asombrada, y holgándose en todo el piélago inmenso de bellisimos atributos y perfecciones divinas, que roban el corazon, cree oír una Voz, que se levanta de la superficie de muchas aguas, y que la dice al oído:—Con caridad perpetua te amé, por cuyo motivo te atraje, apiadándome de tu situacion; y volveré de nuevo á edificar te, y serás ciertamente edificada, ¡oh vírgen de Israel!—(1) Sabed, murmura entónces el alma, replicando, ora interiormente, ora de palabra, sabed que el Señor es el verdadero Dios; que he dicho al Señor, Vos sois mi Dios, Vois sois el Dios de mi corazon y el Dios que es la única posesion mia por toda la eternidad. (2)—Si alguno, repite la Voz de muchas aguas, oyere mi voz, y

(1) Jerem.—cap. XXXI.—v. 3. 4.

(2) Salm. XCIX.—XV.—LXXII.

me abre la puerta, entraré en él, y con él cenaré y él Conmigo.—(1) Venga mi Amado, contesta al punto el alma enagenada y como fuera de sí, venga á su huerto y coma el fruto de sus manzanos. (2)—Hé aquí, exclama la Voz, dirigiéndose á los Ángeles y los hombres, hé aquí el olor de mi hijo, como el olor de un campo lleno que el Señor ha bendecido. (3) Y oye el alma esta alabanza, pero conoce que nada de su propio caudal es bueno; y así, vuélvese tambien ella á los Ángeles y los hombres, apostrofándoles del modo siguiente:—Ved cómo el Rey me ha introducido en sus cámaras reales; y sus pechos son mejores que el vino:—Libreme Dios de que yo me glorie, sino en la Cruz de nuestro Señor Jesucristo:—Vivo yo, mas no yo, sino Cristo es quien vive en mí:—Racimo de cipro es mi Amado para mí, en las viñas de Engaddí. (4).

¡Cuán deliciosa no es, pues, esta complacencia en Dios! Y no se crea que sea ilícito dar rienda suelta á semejante afecto de la voluntad: desenvuélvase y hágase, si es posible, inmensa

(1) Apoc.—cap. III.—v. 20.

(2) Cant.—cap. V.—v. 1.º

(3) Génesis.—cap. XXVII.—v. 27.

(4) Cant.—cap. I.—v. 3. Gal.—cap. VI.—v. 14. Gal.—cap. II.—v. 20. Cant.—cap. I.—v. 13.

como el mismo Dios; porque en la complacencia divina, no há siquiera lugar á que se hable de límites ni moderacion: tratándose de Dios, la moderacion es bajeza, fraude, infidelidad. Presentase Dios delante de nuestros ojos en toda su grandeza, infinitamente perfecto, infinitamente amable, para que nos regocijemos en Él. ¿Qué es la tierra? ¿qué son las cosas de la tierra? ¿Cuándo, pues, seremos levantados sobre nosotros mismos, sobre nuestra propia ruindad y miseria, sobre nuestros mezquinos intereses y bajos deseos? Crece Dios ante nuestros ojos como el resplandor de la aurora: llegamos á semejarnos á aquel varon venerable de quien se hace mencion en la Vida de San Felipe, que, en cierta ocasion, se le vió retirarse del altar paso á paso, llevando pintados en su rostro el asombro y el arrobamiento que embargaban las potencias de su alma; quien, á dicho suyo, estaba entónces ocupado en meditar acerca de la grandeza de Dios, la cual iba creciendo, y adelantándose hácia él, y obligándole á retroceder. Cuanto más conocemos á Dios, tanto mayor es nuestra complacencia en sus excelencias y grandezas; pues que para llenar los senos de nuestras potencias, menester es que el simple pensamiento en Dios se multi-

plique y reproduzca en millares de objetos. Aseméjase al sol, miéntras está iluminando una cordillera de montañas: no se multiplica en sí mismo este gran monarca del dia; mas como sus refulgentes rayos de dorada luz alumbran una cima tras otra cima, nos encontramos cada vez más envueltos en sus resplandores. Pues bien; así sucede con Dios: cada atributo divino á que damos un nombre determinado—aunque, hablando en propiedad, semejantes perfecciones no son realmente más que la misma esencia divina,—es, conforme á nuestro modo de entender, como una altura distinta, iluminada y coronada con la gloria de Dios, la cual refleja sobre nuestras almas la imágen del Rey soberano de la gloria; al propio tiempo que la muchedumbre de perfecciones divinas sin nombre, de las cuales no tenemos ideas, palabras ni signos que nos las representen, son para nosotros lo que los picos de una inmensa cordillera de montañas, que si bien están fuera del alcance de nuestra vista, conocemos, á pesar de eso, que se encuentran rodeados y envueltos en aquella hoguera de dorada luz, aumentando el resplandor derramado sobre la tierra, sobre el mar y el firmamento.

¿Quién es, pues, capaz de pensar en sí mis-

mo, hallándose tan dulcemente ocupado con su Dios y Señor? ¿quién puede todavía abrigar en su mente nociones severas acerca del imperio absoluto é incontrastable soberanía del Rey de los siglos, encontrándose de esta suerte embebecido con semejante complacencia divina; holgándose dulcemente de que Dios sea Dios; regocijándose de que sea quien es, y deleitándose en que nada le falte de cuanto bueno y perfecto pueda concebirse? Y pues Él es el Señor y Dueño soberano de todas las cosas, permítasele obrar lo que es bueno, conforme á su mente divina; y aquello mismo que dijo Helí en la aficción, podemos nosotros repetir, con mayor motivo todavía, en medio del gozo que inunda nuestro corazón. ¡Oh Jesús mio dulcísimo! ¿cómo no cultivamos esta santa y gloriosa complacencia en vuestras perfecciones divinas, tan llena de alegría, y de dulzura, y de paz, y de olvido de sí mismo, y de candoroso y tierno amor filial? ¡Enseñadnos á estar contemplando constantemente el piélago de vuestra interminable magnificencia y grandeza; regocijándonos de que seais Vos quien sois; alegrándonos de que hayais sido desde toda la eternidad adorablemente inmutable; y holgándonos por que lo sereis, de la misma manera,

por los siglos de los siglos!—«El alma, dice San Francisco de Sales, que ejercita el amor de complacencia, continuamente está clamando en el silencio sagrado de su corazón:— *Bástame que Dios sea Dios, que su bondad sea infinita, que su perfección sea inmensa; que yo muera ó viva, poco me importa, pues mi Amado querido vive eternamente con una vida toda triunfante y gloriosa.* En efecto, la muerte no puede angustiar á un corazón que sabe está viviendo su Amor soberano: el alma amante se da por satisfecha con que Aquel á quien ama más que á sí misma, esté colmado de bienes sempiternos, porque vive más en su Amado, que en el cuerpo que anima, supuesto que realmente ella misma ya no vive, sino su Amado es quien vive en ella.» (1)

El amor de complacencia, rigurosamente hablando, es el gozo que experimentamos contemplando las perfecciones infinitas de Dios, considerando que sea él quien es. Pero así como el conocimiento de Dios adquirido por la fe, no puede mantenerse en simple conocimiento, sino que se transforma en complacencia necesaria, y esta á su vez en actos libres de Alabanza y de

---

(1) Amour de Dieu.—lib., V.—cap. 3.

Deséo; así igualmente, este amor libre de complacencia no termina en sí mismo, sino que se convierte y pasa á ser otro amor ulterior, que se llama amor de benevolencia. Nuestro amor de Dios es todo lo opuesto al que su divina Majestad nos profesa: ámanos Dios, primeramente, con amor de benevolencia, obrando en nosotros todo el bien que poseemos; y luego que ya le ha obrado, nos ama con amor de complacencia, deleitándose en la propia obra que produjera en nosotros. Pero nuestro amor de benevolencia para con Dios nuestro Señor, es, como declara San Francisco de Sales, meramente la consecuencia natural de nuestra complacencia en las perfecciones divinas: nos regocijamos nosotros, primeramente, de que Dios sea tan bueno y perfecto, y luego le deseamos, si fuese posible, más bondad y perfeccion; y este último acto es el que llamamos amor de benevolencia. Para mayor aclaracion del presente asunto, me valdré de las palabras del mismo San Francisco:

«No siendo fácil entender, dice el ilustre Obispo de Ginebra, cómo pueda el hombre desear á Dios ningun aumento de dicha y perfeccion, parécenos oportuno examinar cuán léjos está, el amor de benevolencia que le profesamos, de ser un amor sólido y real. Efectivamente,

como Dios es la fuente de todo bien; como sus perfecciones son infinitas y, en su consecuencia, fuera del alcance de nuestros pensamientos y deseos, es evidente, que no está en nuestra mano el desearle, á lo ménos con deseo eficaz, perfeccion alguna, que pudiera añadirse á aquellas que posee en virtud de su misma esencia. Además, el objeto del deseo es un bien futuro, siendo así que en Dios todas sus perfecciones son presentes, y de tal manera presentes, que constituyen una misma cosa con la esencia divina, la cual existe desde toda la eternidad, y sin adquirir aumento alguno. Viendo, pues, que nos es imposible formar, con relacion á Dios, ningun deseo real y absoluto, concebimos deseos imaginarios y condicionales, como, por ejemplo, los siguientes:— Vos sois mi Dios, Vos sois tan rico en virtud de vuestra esencia, que ninguna necesidad teneis de mis bienes; mas si posible fuese, que actualmente careciérais de alguna cosa, yo os la desearia, Dios mio y Padre mio; yo anhelaria con vivas ansias procurároslo á expensas de mi vida. Si Vos siendo quien sois, y lo que no podeis ménos de ser, fuese posible añadir alguna nueva perfeccion á aquellas que ya poseeis, ¡con qué ardor desearia que fuese vuestra! Desearia que mi corazon se trasformase en deseos, y que

mi vida se consumiese en suspiros; pero estoy muy léjos, sí, Dios mio y Señor mio, de desear que me sea posible desearos aumento alguno en vuestras perfecciones divinas: mi mayor felicidad consiste en considerar, que ni aun de deseo podemos añadir perfeccion alguna á vuestra soberana bondad; mas si pudieseis adquirir alguna nueva ventaja ó provecho; si el deseo de veros más perfecto y dichoso de lo que sois, quimérico como es, fuese posible realizarle, protesto que desearia entónces, con toda la vehemencia de que soy capaz, que se trasformase totalmente mi alma en semejante deseo, y que mi ardor entrañable por desearos alguna nueva perfeccion, que todavía no poseyeseis, fuese tan vivo y eficaz, como el placer que ahora siento por no poder desearos ninguna cosa buena, que no tengais en sumo grado. ¡Cuán dulce y regalada no llega á ser para mí, Dios mio y Señor mio, semejante impotencia, cuando reflexiono que está fundada en vuestras riquezas soberanas, inmensas, incomprendibles: riquezas que serian capaces, no ménos de saciar un deseo infinito, si pudiese existir, como de trasformarle, de deseo, en gozo infinito!»

«Los susodichos deseos, aunque fundados en suposiciones imaginarias é imposibles, son,

sin embargo, muy agradables á los divinos ojos: deseos que ordinariamente llega el alma á concebir en medio de los éxtasis y dulces trasportes de la caridad. No raras veces abrigó San Agustin semejantes afectos en su corazon; y las palabras de que se valió para expresarlos, eran como otras tantas saetas encendidas, arrojadas por la mano del amor:—*Si, Dios mio, decia, yo soy Agustino, y Vos sois Dios; pero si pudiese ser posible que yo fuese Dios, y Vos Agustino, desearia cambiar con Vos de condicion, para que llegaseis á ser Dios.* (1) Testificamos asimismo nuestro amor de complacencia hácia el Omnipotente, cuando reflexionando acerca de nuestra imposibilidad de añadir grado alguno á sus perfecciones, que son la misma inmensidad infinita y esencial del Altísimo, nos esforzamos por aumentar en nosotros mismos su grandeza accidental, la cual consiste en la complacencia nacida del conocimiento que tenemos de sus infinitas perfecciones, y cuya grandeza aumenta á medida que dicha compla-

---

(1) Algunos escritores, Schram entre otros, no solo niegan que San Agustin emplease alguna vez semejantes palabras, sino que las censuran como mal sonantes, y corriendo parejas con ciertas proposiciones condenadas.—Schram.—Myst. Theol.

cencia llega á ser más ardiente: no ejercitamos entónces el amor de complacencia, por el placer que de él nos resulta, sino por ser una fuente de delicia para Dios: no buscamos nuestra felicidad por interes propio, sino por que es conforme á la de Dios, y muy á propósito para unirnos á Él y procurarnos el gozo en sus infinitas perfecciones; y á fin de que esta union y gozo sean más excelentes, deseamos comunicar á la complacencia, si posible fuese, una fuerza infinita y una extension ilimitada. La soberana Reina y Madre del santo amor de Dios, ofrécenos un ejemplo de esto, cuando dice:—*Mi alma engrandece al Señor*; y para no dejar duda alguna, de que el ardor de su gratitud recibia su aumento del amor de complacencia que atesoraba en el corazon, en seguida añade:—*Mi espíritu se regocijó en Dios mi Salvador.*» (1)

Bastan estas explicaciones para mi propósito: lo que yo deseo persuadiros es, que así como os he estimulado á promover la gloria de Dios, intereses de Jesús y salvacion de las almas, ora por el amor llamado de compasion ó dolor de las culpas ajenas, igualmente que por el uso de

(1) *Amour de Dieu.*—lib. V.—cap. 6.

las oraciones de intercesion y hacimientos de gracias, por el ofrecimiento hecho á Dios de vuestras propias acciones en union con las de nuestro Señor dulcísimo, no ménos que por la oblacion, presentada al Rey de la gloria, de sus propias perfecciones y divinos atributos, juntamente con los misterios de Jesús y María, Ángeles y Santos; así ahora, mi ánimo es induciros á que glorifiqueis á Dios, de la misma manera, con aquellos actos de Alabanza y Deseo, que se derivan de los dos amores de complacencia y benevolencia, tales como, por ejemplo, los siguientes:—1.º, de gozo, holgándonos de que Dios sea quien es: 2.º, de congratulacion, dándole mil parabienes por las perfecciones, obras y misterios de su sagrada Humanidad: 3.º, de deseo, deseándole cosas imposibles; pues, segun acaba de decirnos San Francisco de Sales, son actos de amor real y muy aceptos á los divinos ojos: 4.º, tambien de deseo, anhelando que hubiese recibido más gloria, en los años ya transcurridos, del mundo, de las almas condenadas, etc.: 5.º, de deseo asimismo—actos que la intercesion puede hacer eficaces,—deseándole que sea más glorificado que hasta aquí, en la perfeccion de los Santos, conversion de los pecadores y rápido rescate de almas del purgatorio: 6.º,

de alabanza, deseando que todo grano de arena del mar, y toda hoja de los árboles que pueblan los bosques, sean otros tantos Ángeles que le alaben; ofreciéndole una y mil veces, con el más encendido fervor del corazón, las alabanzas que esos Espíritus bienaventurados le están actualmente cantando en la gloria del cielo: 7.º, suspiros de amorosa aflicción, de compasión y reparación de las ofensas con que su amor es injuriado, su majestad ultrajada, su bondad menospreciada, y defraudada su gloria divina, digna ciertamente de perpetuos loores. Es verdad, ya lo veo, que semejantes afectos son, digámoslo así, aspiraciones y manifestaciones de la misma santidad; pero no exigen las austeridades que nos espantan, ni aquellas operaciones y dones sobrenaturales de los cuales huimos, ora por desfallecimiento, ó bien por humildad. ¡Cuánto no podríamos, pues, hacer, y á qué poca costa, en favor de la gloria de Dios, intereses de Jesús y salvación de las almas, aprovechándonos de todos los riquísimos tesoros é ingeniosas invenciones del amor divino hasta aquí recomendadas en la presente obrita!

## SECCION VI.

### *Santos y DEVOTA CLASE MEDIA de fieles cristianos.*

Si examináis cualesquiera Santos de la Iglesia, vereis que todos ellos están adornados de seis cualidades, que son las que constituyen su santidad:—1.ª, obediencia á los mandamientos de Dios y preceptos de la Iglesia: 2.ª, celo encendido por la gloria de Dios: 3.ª, susceptibilidad exquisita por los intereses de Jesús: 4.ª, vehemente solicitud por la salvación de las almas: 5.ª, amor intenso y abrasado de sufrimientos, de penitencias ó asperezas voluntarias, acompañadas de terribles pruebas interiores y purgaciones pasivas del espíritu, como llaman los místicos: 6.ª, favores y regalos sobrenaturales de oración, dones extraordinarios y obras milagrosas. Ahora bien; por lo que hace á la primera de estas cualidades, es decir, la obediencia á los mandamientos de Dios y preceptos de la Iglesia, inútil es que nos ocupemos de ella, y así, pongámosla á un lado, pues que todos tenemos la obligación de poseerla; de lo contrario, no alcanzaríamos